

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

¡TONTOS!

«Esta gente toma por imbéciles á los demás, tal es la eterna cantilena de uno de los colosos más colosales, si no el más colosal, de nuestra prensa periódica. No puede un Gobierno tal como el presente dar un quiebro á Urzáiz, sofisticar torpemente el decreto de Alfonso González ó cometer cualquiera otra de las malandrinas en uso, sin que el estimable colega, pletórico de indignación, prorumpa en la consabida muletilla: —«Pero señor, estos hombres tienen decididamente á sus conciudadanos por tontos de solemnidad».

Sí, caro compañero; es una verdad amarga como todas. Por tontos nos toman todos cuantos tienen el honor y la ventaja de gobernarlos. Sin eso, ¿cómo osarían todo lo que osan, y consumirían cuanto consuman? La opinión en los gobernantes de la simpleza de los gobernados es, como diría Silvela, uno de los resortes del gobierno. Ni es lo más triste que nuestros prohombres nos tengan por majaderos; lo más triste sería que se llegase á averiguar que nunca les dimos motivo para formar de nosotros mejor opinión.

Hay que ser indulgentes. Quien todo lo comprende, todo lo perdona, según la consabida máxima de la madama consabida. Todavía en las profundidades anímicas de un Napoleón ó de un Bismarck, la idea que los tales personajes tienen de sí mismos, puede justificar á sus ojos su propia elevación como un efecto natural y necesario de sus propios merecimientos. Pero ¿qué deben pensar de sus compatriotas, por mucho que les ciegue el amor propio, tantas y tantas nulidades, tantos y tantos fantoches de la política, levantados á las cumbres del poder y los honores por la incurable bobería nacional? Será de oír lo que hombres de temperamento maleante y gitanesco como Romero, ó de índole astuta y socarrona como Sagasta, se dirán al juzgar allá en sus solitudes los alcances de que da muestra una sociedad que en tales alturas les puso.

El milagro de Cuenca.

Se ha hundido en Cuenca la torre de la catedral. Sepultados entre sus escombros han quedado varios niños. Dos solos han podido ser arrebatados á la muerte.

En el momento del hundimiento, hallábanse reunidos en el coro los canónigos y el obispo. Han resultado illesos.

Si culpables ha podido haber en la catástrofe, lo serían ese obispo y esos canónigos. Queremos creer que su improvisación y su incuria no merecen, por involuntarias, castigo. No podrá consentirse, sin embargo, que den gracias á Dios por la salvación de sus vidas ni supongan obra del Eterno la muerte única de criaturas inocentes. Sería una impiedad.

La catástrofe ha obedecido á causas del todo humanas y por leyes físicas explicables.

Parte del pueblo de Cuenca ha querido ver un milagro en la salvación de los sacerdotes, y sobre todo en la de dos de los niños sepultados. En la muerte de las demás víctimas, ¿qué habrá visto?

Siete siglos pesaban sobre la catedral. No defectos de construcción, sino agravios del tiempo han ocasionado la catástrofe. Debió prevérseles.

Ya que no se hizo así, déjese para mejor ocasión invocar á las divinidades.

De ser lógicos, debiera el pueblo de Cuenca deducir de la catástrofe argumentos contra adivinidad. Al culto de Dios estaban dedicadas las víctimas cuando se desplomó la torre. Las víctimas escogidas no han podido, por otra parte, ser más inocentes.

No el Dios de amor y de paz, sino el Dios de los católicos, el feroz Moloc, que mantiene la desolación y la guerra entre los hombres, ha podido producir catástrofe semejante.

Ya lo ven los beatos intransigentes: los que ejercitan actos de piedad, los inocentes, los niños, ni en el mismo templo, por mil actos de religiosidad consagrados, están libres de perecer prematura é injustamente.

Un buen arquitecto, celoso y entendido, hubiese evitado el luto de Cuenca mejor que todos los sacerdotes con sus oraciones y sus rosarios.

La catástrofe de Cuenca es una nueva lección proporcionada por las leyes ineludibles de la naturaleza, estudiadas por la ciencia, á los que, desdenándola, lo fian todo á un Dios analfabeto.

LA PLEBE

Sentiría no haber nacido plebeyo.

Será una debilidad, pero me enorgullece la idea de que mis ascendientes fueran esclavos y siervos; que desgastaran con sus desnudos cuerpos las piedras de los calabozos, y que murieran á centenares en el cadalso.

Las cadenas que sujetaron sus pies, los garfios que desgarraron sus carnes, y los instrumentos del suplicio donde terminaron su vida, forman los cuarteles de mi escudo; así como forman mi blason los suspiros que la angustia arrancó á sus pechos, los gritos de rabia que les produjo el dolor, y la sangre que vertieron en el martirio.

Recuerdo que era casi un niño cuando visité las ruinas del Anfiteatro de Mérida. La tarde terminaba, y los últimos rayos del sol coloraban aquellas piedras parduscas. Acababa de leer una obra, no recuerdo cuál, que contenía una magnífica descripción del Anfiteatro de Roma, y mi imaginación, preocupada por aquel recuerdo, reconstruyó el edificio que tenía delante. Y vi salir las fieras de sus cubiles y lanzarse á los prisioneros, y destrozarlos y devorarlos, y á las bellas matronas agitar sus pañuelos y aplaudir á los romanos, en tanto que yo caía de rodillas al reconocer en aquellos restos ensangrentados los huesos de mis huesos y la carne de mi carne.

Nunca he pasado por las inmediaciones de un castillo feudal sin figurarme que veía colgando de sus almenas un antepasado mío que pagaba con su vida mi rescate.

¿Cuántos obstáculos vencidos, cuántos sacrificios soportados, cuántas existencias consumidas en la lucha por la libertad y el derecho! ¿Cuántos obscuros héroes ofreciéndose en holocausto para que hoy podamos nosotros alzar altivos la frente y mirar de igual á igual á todos!

Por eso desprecio al degenerado plebeyo que reniega de su origen, y más si pertenece á la clase inteligente que debiera sonreírse al ver en pleno siglo XIX personas enamoradas de tales pequeñeces.

Un escritor plebeyo, adulando á la aristocracia, cantando sus glorias, entusiasmándose con el recuerdo de tiempos que indignan ó avergüenzan, ó aceptando un puesto en un rincón de sus salones para pagar al día siguiente el hospedaje con frases encomiásticas en un periódico, no es más que un mercachifle de palabras sin altivez ni orgullo.

Y si á lo menos logran, los que tal hacen, confundirse con los que adulan! Mas no. La aristocracia se resigna á lo que no puede evitar, pero levanta siempre una barrera entre ella y las demás clases en todo lo que contribuya á hacerla bajar del pedestal en que se ha colocado.

Y hace bien. ¿Cómo no creer en su superioridad al verse ensalzada por hombres de inteligencia salidos de las filas de la plebe, y que se disputan la honra de servirla, el honor de distraerla?

¿Si efectivamente habrá esclavos por naturaleza?

JOSÉ NAKENS

LAS ESTATUAS

La frente deprimida, el ceño adusto y estúpida la faz, el gran malvado se elevaba soberbio. Parecía mentira que los hombres en tan alto lugar pusieran al horrible engendro del crimen y los vicios, al escarnio del mundo y de la historia, que se alzaba entre olas de fulgores inundado, con su expresión de cinica insolencia, al cielo sin cesar desafiando. Aquel bandido augusto era una especie de bestia coronada, era un sarcasmo que á Dios hacía un coro de salvajes. Los niños le miraban con espanto, con desdén las mujeres, y en los ojos de los hombres brillaban los relámpagos del odio al contemplar la blanca esfinge,

mientras que por la cólera crispados los puños, murmuraban entre dientes:

«¿Tú en esa altura, infame! ¿Tú, villano, sobre ese pedestal? ¿Tú ennoblecido por los radiantes besos de los astros? ¿Tú, foco de miseria y poder lumbre, en tan gran eminencia colocado?»

¿Qué hiciste para ser digno del sitio que únicamente al genio destinaron? ¿Cuáles son tus hazañas, miserable?

¿Cuyas tus glorias son, inmundo sátiro? Reducir á tu pueblo á la impotencia, patear el honor de tus vasallos, emborracharte, violar mujeres,

los augustos derechos usurpando del padre y del esposo, descendiendo á la traición y al crimen por lograrlo. Arrebatarse los hijos á sus madres

para que luego en el sangriento campo de batalla perezan como buenos, defendiendo tu trono amenazado;

esclavizar al pobre, envilecerle, y devorar sus míseros salarios, pan de sus hijos, que en penosa lucha conquista con la angustia del trabajo.

Y aun osan tus secuaces levantarte como emblema de gloria, vil lacayo? Y aun á poner se atreven tu figura, que sólo inspira menosprecio y asco,

ante ese sol que fulgido te baña? Pero ¡ah! tiembla, monarca despiadado, real pantera, monstruo de maldades,

que muy pronto... Y aquí la voz bajando terribles amenazas proferían que expiraban sin ruido entre sus labios,

y luego se alejaban lentamente de la escultura, con incierto paso, amarillos de rabia, y en su mente la espléndida revancha preparando.

Y ¿cosa incomprensible! cuando el cielo su furia desataba, cuando el ábrego dejaba oír su acento poderoso,

y entre las nubes centelleaba el lampo, con su fulgor tiñendo á aquel granuja, no sé por qué le respetaba el rayo!

De Mendizábal á Urzáiz.

(POR CUALQUIER CABLE)

«Mi querido colega: ¡Bueno te están poniendo esos ilustres innominados de la mayoría y esos no menos ilustres innominados de los bancos de enfrente! ¡Vaya un modo de tomarte la cabellera!—(Es un decir, ya lo comprenderás). Todos contra ti, pobre colega; todos contra ti, los ministeriales, los conservadores, los tetuanistas, hasta algunos republicanos... ¡La Cámara entera coaligada para reventarte! Pero si parece que el Parlamento está formado única y exclusivamente de consejeros ó de aspirantes á consejeros del Banco!

¿Ves como no es posible, en este desdichado país, meterse en libros de caballería? ¡El oficio de Quijote está perdido! ¡Todos son cabreros y galeotes y vizcaínos! ¡Es más cómodo hacer de Villaverde!

¡Ahí es nada, meterse con el Banco! ¡Pero tú sabes lo que has hecho, desdichado? El Banco lo es aquí todo y lo puede todo. El es Padre, Hijo y Espíritu Santo, todo de una vez. A los españoles les es permitido «faltar» á la monarquía, al ejército, al clero, á la justicia, ¡pero «faltarle» al Banco!... ¡No hay institución más sagrada en este país! ¡Del Banco abajo, ninguno!, podríamos decir!

Bueno; que has cumplido con tu deber, que estás satisfecho de ti mismo, que has demostrado que eres un ministro de... riñones. Conformes. Pero ¿qué sales ganando con todo eso? ¡Ya ves cómo te tratan tus amigos y tus enemigos! ¿Que crees contar en cambio con las simpatías de la opinión? ¡Vamos, tú estás loco de remate! Pero desdichado, ¿no sabes que aquí la opinión no opina?»

MENDIZÁBAL

¿QUÉ ES DE PIDAL?

Hace mucho tiempo que no «rueda» por la prensa el nombre de este afortunado profesional de la política.

Y, sin embargo, Pidal vive, porque Pidal cobra.

Destituido ignominiosamente de su cargo de embajador, sigue á la vera de Rampolla, entorpeciendo cuanto puede las negociaciones para la revisión del Concordato.

¡Lástima de barbero que no le haya afeitado las barbas!

Porque, insistimos: Pidal, como Sansón, tiene todas sus fuerzas en el pelo.

Y hay que afeitárselo de real orden.

Y que nos encarguen á nosotros del «negociado» de la navaja.

LA CASA DE DIOS

El atrio de la iglesia, un barajillo donde se expende mística quincalla y atraen el rosario y la medalla al marchante devoto con su brillo.

En la nave, la mesa y el cepillo, el alma en pena de grosera talla, y la dama elegante que en la pialla de la piadosa red prende el bolsillo.

Disfrazada de fe la granjería, de piedad el negocio disfrazado, el templo llenan, y Jesús tendría que romper muchos látigos airado, si, volviendo á la tierra, pretendía verlo de mercaderes despejado.

EL TRABAJO

El trabajo es la vida. La vida es un continuo trabajo de fuerzas químicas y mecánicas. Desde el primer átomo que se puso en movimiento para sumarse á los átomos cercanos, la gran labor creadora no ha cesado; y esta creación que continúa, continuará siempre, es como la tarea de la eternidad, la obra universal á que todos contribuimos con nuestra piedra. Los campos que se cubren de nieve, trabajan; los bosques en su pausado movimiento, trabajan; los ríos corriendo por el fondo de los valles, trabajan; los mares, haciendo rodar sus olas de uno á otro continente, trabajan; los mundos que son llevados por el ritmo de la gravitación á través de lo infinito, trabajan. No hay una cosa que pueda inmovilizarse en la ociosidad; todo va arrastrado, atado á su tarea, obligado á poner su parte en la común labor. Lo que no trabaja, desaparece rechazado como estorbo inútil para ceder su puesto al trabajador necesario. Tal es la única ley de la vida, que no es en suma más que la materia trabajando, una fuerza en perpetua actividad; el Dios de todas las religiones que nos lleva á la obra final de la dicha cuya imperiosa necesidad sentimos en nosotros mismos.

ZOLA

Anécdotas políticas.

(Arregladas libremente.)

—Los primeros escritos—dice Romanones, que lo sabe todo—se trazaron en la piedra, en la dura piedra.

Rodríguez con tono grave:

—¡Asusta pensar el número de sellos que se necesitarían entonces para mandar una carta!

**

—¡Pobre Urzáiz! ¡Qué mala cara tiene! Parece así como si se hubiera tragado una pieza de cinco céntimos.

—¡Es extraño; porque yo conozco á algunos que se han tragado millones y están tan sanos y tan gordos!

**

En una reunión literaria:

Silvela lee una serie de pensamientos, entre los cuales figura el siguiente:

«Los tontos son felices en todas las edades.»

Romero Robledo abrazándole:

—¡Bravo! ¡Bravo! Le felicito á usted cordialmente!

**

Rancés toma un coche para darle pronto una

DON QUIJOTE



Don Segis.—¡Adiós Bomba!
Canalejas.—¡Adiós Conejo!

LOS NUESTROS



Rodrigo Soriano.



¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!



Poderoso Caballero
es Don Dinero.



¡Así resolvería yo el problema de la carne!



Don Práxedes.—Respetable público... no me den ustedes más la lata con la cuestión religiosa. Ya he recomendado el asunto a quien corresponde. Para más informes, León 13. Allí os informarán, dentro de unos años, como va eso de la revisión del Concordato.



Don Segis.—¡Huéleme que va a haber palos!



¡Pero cómo nos vamos a divertir el 17 de Mayo!

mala noticia á Silvela. Los caballos van despacio.
—Pero ¿tienen tisis esos caballos? —pregunta al cochero.
—Sí, señor —contesta amoscado el auriga.
—¡Lástima que no sea galopante! —añade iracundo el eterno gracioso.

¡Levántate y anda!

Tu voz melodiosa,
con dulces palabras,
al cadáver de Lázaro dijo:
—¡Levántate y anda! —
Cedió la materia,
rehízose el alma,
y la forma de Lázaro vivo
surgió de la zanja.
Los genios cristianos
tu epopeya en versículos cantan,
y á través de los siglos, nosotros
la leyenda guardamos intacta.
Momento sublime,
grandiosa parábola
que sostiene del rito la hermosa
liturgia sagrada.
Los hombres no olvidan
tu voz sacrosanta
que al cadáver de Lázaro dijo:
—¡Levántate y anda!

Los brazos abiertos,
sangrienta la cara,
en la cumbre del Gólgota santo
rindióse tu cuerpo, flotando tu alma
Temblaron los ejes
que á la tierra sus giros le marcan;
callaron los himnos
que Natura orgullosa levanta;
reinó un gran silencio,
y aquella mañana,
cuando el sol con tristeza profunda
su disco ocultaba,
limitando la luz de sus rayos
y cubriendo con nubes su cara;
cuando al pie del sepulcro, afligida
tu madre lloraba,
no hubo nadie que entonces dijese:
—¡Levántate y anda!

Cadáver tu cuerpo,
cadáver tu alma,
muerta en luchas pequeñas de viles
pasiones humanas,
tú también, ¡oh, Jesús!, necesitas
la voz que te diga:
—¡Levántate y anda! —
Te llama el obrero,
que en el rudo trajín de la fábrica
va dejando ilusiones hermosas,
va dejando un sin fin de esperanzas
allá en cada giro
del volante que mueve la máquina.
Te llama el artista,
que á los cielos eleva su alma,
siempre esclavo de ideas sublimes
que á veces al hombre asustan y espantan.
Te llama el mendigo,
el que cruza por calles y plazas
recibiendo en su rostro el azote
del aire, la lluvia, la nieve y la escarcha.
Te llama el que sufre
las penas amargas,
de verse en el mundo
sin familia, sin luz y sin casa...
.....
Conjunto de voces,
con mezcla de lágrimas,
hacia ti se dirigen, gritando:
—¡Levántate y anda!

FÉLIX LIMENDOUX

TODOS FUERTES

...Y cuando mi amigo, el fervoroso nietzscheano, hubo acabado de exponerme las doctrinas del maestro, me aventuré á decirle:
—Yo admiro al fuerte y lo creo artístico, y lo

creo moral, y lo creo sano; pero yo no quiero que haya fuertes y débiles: yo quiero que todos los hombres sean fuertes, felices, sanos y fecundos.

Hoy hay fuertes porque hay débiles. Y hay débiles, porque la desigualdad en el medio—que es la alimentación, la vivienda, la higiene—á unos pone en ventajosas condiciones de lucha, y á otros abisma en el aniquilamiento fisiológico. No es el medio igual para todos: no puede ser en todos igual la psicología.

El determinismo impera en el mundo físico lo mismo que en el mundo moral. Un hombre que coma bien, que viva en una casa cómoda, que haga saludables ejercicios, que trabaje á su placer, que se divierta á su talento, ha de ser un hombre energético y sociable. Un hombre, en cambio, colocado en las opuestas condiciones, será un ejemplar enclenque, pacato, propenso á todas las villanías, propicio á las supersticiones religiosas y políticas...

Pues bien: ¡hagamos desaparecer la desigualdad del medio, implantemos el bienestar para todos, mudemos las causas para que cambien los efectos! Y yo no creo, ni es razonable creerlo, que unificado el ambiente en un momento dado, han de quedar los espíritus en paridad perfecta. No; el trabajo de la herencia no se puede destruir sino con la herencia. Hoy un patán no tiene las mismas necesidades—ver al Greco, oír á Wagner, leer á Dickens—que un artista; no tiene, por tanto, los mismos derechos. Pero los sucesores de ese hombre—puesto desde ahora en un medio apropiado—pueden ser, serán indefectiblemente, tan comprensivos, artistas y cordiales como un artista del presente.

El hombre es indefinidamente perfectible.—Condorcet—después de los vislumbres de Bacon—es el primero que modernamente lo ha proclamado de un modo sistemático. No es lo mismo hoy que lo era en la vieja y autoritaria Roma, ni la patria potestad, ni la autoridad marital, ni el derecho de propiedad. Un patricio romano compra una estatua de Fidias y anuncia su propósito de destruirla. ¡Todos sus conciudadanos permanecen indiferentes! Está el propietario en su derecho; puede hacer de su propiedad lo que le plazca: *jus utendi et abutendi*. Pero imaginad ahora que un millonario de estos tiempos adquiere la *Gioconda*, de Vinci, ó *El entierro*, del Greco, ó *Las Meninas*, de Velázquez, y que hace saber su intento de destruir alguno de estos cuatro: ¿Podrá hacerlo? ¿Tiene derecho á hacerlo?

La civilización nos lleva hacia la unidad legal, fisiológica, psicológica, artística; tiempo vendrá en que los medios de vida sean unos para todos, en que todos los hombres gocen del bienestar preciso. Y entonces no habrá fuertes ni débiles, no habrá piedad ni egoísmo, no habrá derechos y deberes.

Porque la Naturaleza y el Arte harán fuertes á todos los hombres.

J. MARTINEZ RUIZ

El crimen de anoche

—«Tengo el honor de participar á V. E...»
De una sola ojeada se hizo cargo del texto del oficio.

—Bueno, enterado.
—«Mi buen amigo: el dador de la presente...»
—«Otra recomendación: ¡Y van ciento!»
Aquella mañana se había levantado S. E. con poquitas ganas de trabajar.

—¿Quedan muchas aún?
El secretario dirigió una mirada elocuente por lo expresiva al enorme montón de papeles que, formando pirámide, se elevaba sobre una de las mesas del despacho.

—Unas pocas.
Y ambos continuaron en silencio su tarea, con el apresuramiento impaciente del que quiere acabar pronto.

—Bueno... una carta sin firma.
Y comenzó á leerla en alta voz, con la displidencia de un hombre aburrido:

—«Aunque es poco agradable el papel de lazarrillo—llevar de la mano á un prójimo para que no se rompa las narices—me creo en el deber de advertirte...»

Interrumpió la lectura, y encarándose con su secretario:

—Retírese usted... ¡Pronto! No tengo más ganas de trabajar.

Cuando estuvo solo, leyó de nuevo aquel papel sin firma, y después dejó caer la cabeza sobre el pecho, anonadado, obseso por el dolor.

—¡Pero si no es posible!... ¡Si no puede ser cierto!... ¡La madre de mis hijos!... Y, sin embargo, este papel bien claro lo dice: «Todas las noches... ¡es indudable, dice todas las noches!—tu mujer...—¡ay Dios, mi mujer! aprovechando tu ausencia, recibe la visita del marqués de****»
Puedes, si quieres, comprobar la noticia.»

Automáticamente se puso en pie y estrujó el

anónimo entre sus manos con rabiosa desesperación.

—¡Pues la comprobaré, la comprobaré, y si la denuncia no es falsa!...

Hizo un paréntesis en sus reflexiones, y después, en alta voz, perdida la conciencia de la realidad, se interrogó á sí mismo:

—¿Pero quién firma esta carta?... Nadie. Es una carta sin firma. Un anónimo. ¿Y quien la ha escrito, quién ha podido escribirla?... ¡Pues cualquiera! Un valiente... de esos que tiran la piedra y esconden la mano. ¡Algún amigo, sin duda!

De repente se sintió aliviado.

—¿Quién hace caso de un anónimo?—Y suspiró con satisfacción.

—Soy un infame, un miserable... He dudado, más aún, he creído... ¡Pero si no merezco perdón de Dios!... ¡Sospechar, no, más que eso, dar fe á la calumnia!... ¡Soy digno de que la mentira se trocase en verdad, de que este papel—y lo estrujó rabioso entre sus manos—monstruoso cúmulo de falsedades, fuese reflejo fiel de los hechos.

Se puso en pie, convaliente aún de la emoción sufrida, pero ya casi tranquilo.

—He estado loco, pero afortunadamente he vuelto á recobrar la razón... Destruyamos la calumnia... ¡Ay! si de igual modo pudiese destruir al calumniador!

Después de haber reducido el anónimo á fragmentos imperceptibles, tocó el timbre y mandó que enganchasen.

—¡A casa!—dijo al subir al coche.

Estaba tan emocionado que apenas si podía hablar.

—¡Clementina!

Y sin darse cuenta de lo que hacía, la cogió brutalmente por los brazos, la atrajo hacia sí, y la dijo, mirándola fijamente á los ojos:

—«Todas las noches, tu mujer...»

Ella, espantada, dió un grito, y entonces él, besándola en la frente—en aquella frente immaculada, tan blanca y tan tersa—se echó á reír alegremente, disipadas por completo todas sus dudas.

—¿Pero te has asustado?

Y para tranquilizarla la dijo en el oído, con voz emocionada, estrechándola entre sus brazos.

He venido solo para esto para besarte... Me he escapado del ministerio, como un chiquillo travieso pudiera hacerlo de la escuela, porque tenía necesidad de verte... Ahora... me voy.

Ella se había calmado y sonreía.

—¡Vaya unas bromas que tienes!—Y con tono mimoso: —¿Vendrás muy tarde?

El misero volvió á mirarla á los ojos y se estremeció.

—¿Por qué me lo preguntas?

Clementina bajó los ojos ruborizada.

—Porque esta noche pensaba no acostarme hasta que vinieras.

—¡Ah, vida mía! lo más pronto posible, te lo prometo.

Sonó un beso.

—¡Hasta luego!

Salió del ministerio por una puerta excusada, sin ser visto de nadie.

Pensaba en la sorpresa que iba á proporcionar á su mujer y apresuraba el paso, ansioso de llegar cuanto antes á su casa.

—Hay luz en su alcoba. ¡Me espera!

De pronto recordó las palabras del anónimo:

«Todas las noches, tu mujer...»

Se detuvo para tomar aliento, y después se dirigió cautelosamente, con el andar sigiloso del reptil, á las habitaciones de su esposa.

De un empujón abrió la puerta.

—¡Clementina!

Pero retrocedió estupefacto. Su mujer no estaba sola. Al lado de ella, de rodillas, había un hombre.

Los amantes, sorprendidos, se pusieron en pie.

Clementina, sin perder ni por un momento la serenidad, dió un salto y apagó la luz.

—¡Miserables!

Y el desgraciado, con las manos extendidas, derribando á su paso los muebles, se lanzó furioso á la caza de la adúltera.

—¡Por fin!

La había agarrado por el cuello.

—¡Perdón!... ¡Perdón!...

Pero él, implacable, apretaba con fuerza y con ansia.

—¡No hay perdón para ti!

De repente, un grito semejante á un ronquido se escapó del pecho de Clementina, y el misero sintió desplomarse en sus brazos aquel cuerpo querido, tantas veces acariciado por él...

Un sollozo de frenética angustia surgió de su boca, y se dejó caer al suelo horrorizado, estrechando convulsivamente entre sus brazos el cadáver de su mujer.

MIGUEL SAWA

LIBROS

Doña Emilia Pardo Bazán que, en nuestro humilde concepto, es la primer cuentista que tenemos en España—y que se rasque el que le pique—, ha publicado un nuevo y hermoso libro: *Cuentos de Navidad y Reyes; Cuentos de la patria y Cuentos antiguos*.

De estos *Cuentos*, tan amenos como bien escritos, habría mucho que contar.

Pero la pícaro política nos roba todo el espacio.

Muy agradable es hablar bien de doña Emilia, pero más agradable es hablar mal de Sagasta. Quédese, pues, en suelto, lo que debiera ser artículo.

Y ya saben ustedes que hay que comprar el libro de «autos», que se vende en todas las librerías al precio de 3,50 pesetas.

La casa editorial de D. Francisco Sempere ha enriquecido su biblioteca con un nuevo volumen de gran valor literario.

«*Cómo se muere*... es el título general de cuatro novelas de Zola de las menos conocidas, habiéndose elegido aquéllas en que el gran escritor francés, como un gigante que goza sorprendiendo al público con sus increíbles ejercicios de vigor, acumula dificultades de carácter psicológico y realiza investigaciones asombrosas sobre el documento humano, creando páginas que quedan impresas para siempre en la mente del lector.

«*Cómo se muere*... es un libro genial é interesante, en el que Zola cautiva, no sólo por la superioridad de su talento análico, sino por su magia de artista incomparable.

Esmeradamente impreso y fielmente traducido, el nuevo libro, como todos los volúmenes de la casa Sempere, se vende á peseta en todos los quioscos y librerías.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

«Ciudadanos: jurad puesta la mano en el pecho (ó en cualquiera otra parte), que no hay mejor vino en el mundo que el *Vino Valgañón*. De venta, *Caballero de Gracia*, 56, *Bodega del Jalón*.

Lo he dicho y lo repito: el forastero que venga á Madrid y no visite el gran establecimiento de muebles de A. Valjejo, *Alcalá*, 17, es un tonto de solemnidad.

Hay que pasar esta vida á tragos, ha dicho el filósofo. ¿Y qué mejor trago que una copita de *Anís del Mono*?

Frase final de *Alma y vida* (arreglada libremente): «¡Llorad, cuerpos sin alma, llorad, llorad, porque no os habéis asegurado la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla*, 13!»

LA INGLESA

Todos los médicos que se estiman recomiendan los preservativos higiénicos contra los peligros del amor... fácil. Gran depósito de preservativos de todas clases: *La Inglesa, Montera*, 35, (*Pasaje del Comercio*.)

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50;

semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6;

año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números,

2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.